

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

# **Del campo al pueblo. Subalternidad y resistencia en las jóvenes mapuche.**

Profesor Aldo Román Césaró.

Cita:

Profesor Aldo Román Césaró (2009). *Del campo al pueblo. Subalternidad y resistencia en las jóvenes mapuche. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/2280>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# **Del campo al pueblo**

## **Subalternidad y resistencia en las jóvenes mapuche**

**Profesor Aldo Román César**  
*Universidad Nacional de La Plata.*  
**rancull@hotmail.com**

### **Presentación**

El siguiente trabajo surge de una relectura de mi propia tesis de Maestría en Educación Corporal. En aquella oportunidad abordé cuestiones referidas a los procesos de hibridación cultural en jóvenes de ascendencia mapuche en el noroeste chubutense. El enfoque de observación estuvo vinculado a la recreación y el tiempo de esparcimiento, específicamente en juegos y prácticas lúdicas colectivas, tanto étnicas como criollas en recintos escolares y escenarios extraescolares. En esa investigación fue posible dar cuenta de que manera operan las prácticas -discursivas y no discursivas- en la “construcción de identidades” en las que se evidencia un entramado de relaciones residuales de carácter interétnicos, mestizos, etc, y como aparecen emergentes identitarios adaptativos, selectivos y locativos.

En estas redes culturales aparecen diferentes niveles de subalternidad. Uno de esos grupos lo constituyen las mujeres jóvenes de ascendencia mapuche. Posiblemente el material registrado en

aquella oportunidad no sea más que un potente anecdotario de posiciones tomadas por parte de sus protagonistas. La direccionalidad del *focus group* se enmarcaba en enfoques biográficos con predominancia de pasajes lúdicos de sus vidas infantiles y juveniles recientes. Aunque se constituyeron como una expresión de resistencia que desafía las miradas reificadas del rescate cultural; la preservación y la tolerancia, en pos de una construcción dialógica que las ubique en un contexto de igualdad de derechos para continuar una lucha que ya tiene antecedentes políticos en la zona, de la mano (y la voz) de una activista que recuperó algunas parcelas de tierras al grupo multinacional Benetton.

Las jóvenes entrevistadas perciben un mundo de relaciones conflictivas puertas adentro, es decir en el seno de sus comunidades rurales, como así también en el choque y tránsito exterior, vinculado a sus experiencias como estudiantes en las escuelas de “jornada completa” de las zonas rurales tanto como en la escuela secundaria del pueblo cercano al que asisten, situación que las ubica en un doble juego: la aceptación del peso de ciertas tradiciones heredadas y la necesidad práctica de incorporar saberes que les permitan un acceso real a lugares vedados, por su condición de mujeres y por ser “del campo”. Sus críticas recorren aspectos como: desvincularse del trabajo de empleadas domésticas o cuidaniños, hasta interpelaciones a la escuela por su falta de interés en la enseñanza del inglés o computación, aprendizajes considerados vitales para hacer frente a los nuevos embates etnofágicos (Díaz-Polanco, 2007: 35) <sup>1</sup>.

Por otra parte, estos modos de pensarse no suponen una negación de su condición de mapuche, aunque ciertamente ¿cómo elaboran el sentido de la etnicidad?

### ***Ellas juegan solas...***

El grupo de jóvenes entrevistadas asisten a la escuela secundaria del pueblo de El Maitén (Chubut-Argentina) pero han transitado su infancia en *Cushamen* (un pueblo rural distante a 60 kilómetros) y localidades aledañas. Muchas de sus familias aún viven en el campo, al que vuelven finalizado el ciclo lectivo. La mayoría de ellas participaron en encuentros lúdicos escolares donde se practicaban diferentes juegos aborígenes, por este motivo, consideré oportuno la realización de una

---

<sup>1</sup> Para Díaz-Polanco (2007: 35) la *etnofagia*: “expresa el proceso global mediante el cual la cultura de dominación busca engullir o devorar a las múltiples culturas populares, principalmente en virtud de la fuerza de gravitación que los patrones ‘nacionales’ ejercen sobre las comunidades étnicas.”

entrevista grupal. La misma fue realizada en un albergue estudiantil con un grupo de seis chicas, tras haber concertado previamente una cita con la celadora de la institución.

A modo de ejemplo sistematizo pasajes que formaron parte constitutiva del texto etnográfico en el trabajo que mencionara al comienzo. En estos pasajes pretendo mostrar la estrecha relación que se estable, a partir de los relatos lúdicos, con otras esferas del comportamiento social.

P. – ¿Qué recuerdan de su infancia? No fue hace mucho (risas) ¿Qué tipos de juegos practicaban?

R. – *Nosotros no jugamos, somos grandes para jugar* (risas).

P. – Pero cuando eran chicas...

R. – *Casita, muñecas, mancha, escondidas, lo que juegan las chicas.* (Me lo dice con un gesto de sorpresa)

P. – ¿Y en las clases de Educación Física?, ¿en la escuela?

G. – *Sacarle la cola al zorro, a la chueca...* (era la primera vez que un grupo me relataba en primer orden los juegos aborígenes)

P. – ¿Han hecho algún deporte en la escuela?

R. – *Si, jugamos al voley, a la chueca* (toman al juego ancestral chueca o palín como deporte)

P. – ¿Fuera de la escuela, se juntaban a jugar a la chueca? (Pregunto intrigado).

R. – (Se miran entre sí) *Solamente en la escuela, y más que nada en los encuentros de los juegos aborígenes. Yo por lo menos* (las demás asienten).

Los “Juegos aborígenes mapuche-tehuelche” son un encuentro anual que se realiza en la zona en cuestión, abarca cinco escuelas rurales en un radio de 60 kilómetros a la redonda. Fue impulsado por profesores en la Escuela de *Fofocabuel* (paraje homónimo) y con ese nombre se denominó originalmente. El proyecto iniciado en el año 1997 perdura hasta hoy.

P. – ¿En sus tiempos libres se juntaban para jugar a algo?

R. – *A veces. En las casas, no en la calle. En invierno hace frío* (risas).

P. – En la zona donde viven el invierno es duro, en esos inviernos largos con fríos y nevadas tan fuertes ¿qué hacen? ¿Cómo ocupan el tiempo?

R. – *Durmiendo* (risas), *escuchando música, mirando tele ¿Qué vamos a hacer...?*

P. – ¿La televisión es satelital o repetidora?

R. – *De las dos. Siempre tuvimos televisión.* (Dicen como desafiantes.)

P. – ¿Que música escuchan?

R. – *Cumbia y latino, rock, de todo un poco.*

P. – Todas tienen celulares, ¿qué uso les dan?

R. – *Si, acá (por el pueblo) para los mensajes y los juegos. Pero en Cushamen (pueblo de 500 habitantes) no hay señal, acá sí, todas tenemos.*

P. – ¿Qué años están cursando?

R. – *Segundo y tercero (Del secundario. Hablan varias a la vez).*

P. – ¿Piensan seguir estudiando cuando terminen?

R. – *Sí, y vamos a hacer nivel principal (sic)*

En este momento interviene la celadora. Hablamos de diferentes temas y comenzamos a conversar específicamente sobre los juegos aborígenes.

P. – En los juegos aborígenes que hablábamos recién, ¿todas han participado?

R. – (Se miran y afirman reconociéndose en el tiempo) *Sí, todas.*

P. – ¿Qué recuerdan? ¿Para algunas fue el año pasado, o me equivoco?

R. – *De lo que hablábamos hoy, del juego parecido al hockey...y eso (interrumpe otra chica) Pero no es hockey, eso también sabemos. Siempre nos decían eso ¿viste? (mirando a una compañera)*

P. – ¿Y qué le ven de diferente?

R. – *El palo es diferente. En la chueca no hay arcos, (se crea confusión y opiniones diversas)*

*Pero nosotros jugamos con arcos (dudan). Unos sí juegan con arcos y otros no. Nada más que no podés levantar la pelota. Bah, en algunas escuelas te dejaban ¿viste? Si el arquero está equipado si podés, sino, tenés que pegarle por abajo nomás...Jugábamos con una pelota hecha de cuero...*

Comienzan a darse algunas conversaciones cruzadas sobre el sentido de los juegos. Para algunas de ellas se trata de un juego propio, para otras no. Lo interesante de estos diálogos parece estar en su versatilidad, es decir: con arquera se convierte en Hockey (es decir en: televisión, actualidad y deporte) y sino, prevalece su carácter étnico-cultural (este parece ser el sentido otorgado por los promotores de los encuentros) .

Por otra parte, desde el propio discurso de los profesores, que trabajan en las escuelas rurales, opera un sentido de valorización excesiva de las prácticas étnicas y redireccionan hacia ese lugar, cada vez que los propios jugadores (sobre todo las mujeres) intentaban modificar el juego, según uno de ellos se quejaba porque *“si se transforma en deporte, pierde su carácter cultural...”* Sin embargo, la propia historia del deporte: el Hockey, se remonta a un antiguo juego de pastores irlandeses, y similar también a un juego rural de origen paquistaní, que es de donde parece haber surgido.

Aunque posiblemente, tal como sugiere (Magrassi, 1984) su autoctonía se deba a las variables del juego practicado en toda América. El punto es el carácter conflictivo que puede generar la asunción del comportamiento lúdico, el modo en que se resignifica una práctica considerada menor, trivial, de pasatiempo. Jugar determinados juegos cobran aquí una relevancia inusitada.

Más allá de estas coincidencias multiculturales, que relativizan el carácter originario en sentido estricto de algunas prácticas, es la posición en torno a la “revalorización” de algunos aspectos de la cultura mapuche lo que las jóvenes cuestionan.

En los fragmentos que siguen dan cuenta de su posición frente a la operación escolar del “rescate cultural”.

P. – ¿Siempre participaron en esos juegos?

R. – *Siempre jugamos, desde 4to grado hasta que terminamos.* (Todas asienten).

P. – ¿Qué otro juegos recuerdan de esos encuentros?

R. – *Quitarle la cola al zorro, la carrera por la loma, la lucha en el barro, también en la cinchadas, en salto en largo y la jabalina, las carreras de tronco y las carrera de la posta con un palito que te vas pasando.* (hablan de las corre-caminatas que unen diferentes pueblos).

En realidad, revisando algunas lecturas referidas a juegos aborígenes en general pude observar que la “carrera de troncos” *yayasei*, debe su nombre a una práctica de origen *mbya-guaraní*, sin embargo, por alguna razón se terminó practicando como un juego – supuestamente originario de las comunidades mapuche-tehuelche –. De hecho, así lo incluyeron los profesores en el decálogo de los juegos aborígenes que pude ver en una de las escuelas mencionadas. Existe una amplia bibliografía donde se nombra este juego como propio de las comunidades de la Mesopotamia.

Por lo tanto ya sea que se trate de un antiguo juego practicado o forme parte de una tradición inventada en el sentido de Hobsbawm, E. y Ranger, T. (1983) <sup>2</sup>, lo cierto, es que más allá de donde provenga, muchas prácticas forman un collage cultural, y sobre estas configuraciones se producen las interpelaciones.

P. – ¿Qué relación tienen con ustedes estos juegos?

---

<sup>2</sup> La tradición funciona en este sentido, se refiere a cierta continuidad practicada (o pretendida) en el tiempo, maneras de entender el pasado que se ligan al presente, “un sistema de ideas y prácticas organizadas por reglas y rituales de naturaleza simbólica, tácitas o explícitas, orientadas a inculcar ciertos valores y normas de conducta producidos en determinados grupos o en las sociedades” (Hobsbawm, 1983: 1)

R. – *Que son juegos de la zona...* (Se miran entre sí, cada vez que alguna habla). *Son juegos aborígenes, que jugaban los padres y los abuelos, pero antes...*

P. – Bien, ¿pero los padres y abuelos de quién? ¿abuelos y padres de ustedes? (No contestan... Pareciera que les cuesta reconocer esto). ¿Le contaron “sus” abuelos que ellos jugaban estos juegos? (Se produce un silencio y las chicas quedan pensativas frente a la ¿incomodidad? de mi pregunta).

R. – *No sabemos muy bien, porque mi mamá en realidad no tenía tiempo para jugar.* (Vuelven los comentarios ya varias veces escuchados, sobre la ausencia del juego en la infancia de los adultos por razones de trabajo).

R. – *A mí tampoco me dijeron mis abuelos que jugaran a eso. Pero así nos dijeron en la escuela ¿viste?*

A esta altura de la conversación aparecen las primeras referencias y tensiones a la relación que se establece entre lo que la escuela ofrece como “de ustedes”, es decir que formaría parte de la esencia, de la tradición, etc., y aquello que los adultos, como portadores de lo ancestral, permiten que se muestre.

Una de las jóvenes, la que más participó en la conversación, comenta:

R.- *A nosotros no nos contaron nada. Tampoco nos dicen que sean juegos de ellos, ni que lo jugaran, no sé por qué nosotros lo jugamos; pero los encuentros estaban buenos, nos divertíamos y siempre queríamos ir, por lo menos yo* (dice nuevamente mirando al resto). Otra de las jóvenes comenta: *A mí mucho no me han contado, pero sí me dijeron que nunca habían jugado al palin, como dicen en la escuela, ni a esos juegos que nosotros participamos. Mi mamá me decía que me tenía que criar como ella, puro trabajo; pero a mí me gustaba jugar, yo fui cinco años a la corre-caminata (una instancia que formaba parte de los juegos). A ella no le gustaba pero a mí sí, entonces iba. No me daba permiso, pero me iba igual...*

P. – Y entonces, ¿cómo piensan ustedes que estos juegos comenzaron a practicarse en las escuelas? (Nadie me contesta, y esperan - al menos eso creo - que se los cuente. Les relato lo que sé; me escuchan con atención y advierto que la mayoría desconocía la historia...)

R. – *En mi casa cuenta que se divertían con las cosas del campo nomás. Correr las chivas y eso.* Dice otra joven: - *Sí, yo he escuchado algo pero no me acuerdo bien. Pero nosotros tenemos animales, vivimos en el campo. Pero en el campo es difícil jugar, porque siempre hay que trabajar, hay cosas que hacer. Ustedes son los que juegan* (les dice a sus compañeras y se pone seria). *Sus padres es difícil que hayan jugado, porque antes no había tiempo para jugar, y ahora es igual.*

P. – ¿Qué opinan sobre la escuela a la que asisten ahora?

R. – *Para mí fue muy difícil el cambio, y ahora que estamos todas juntas es un poco mejor. Pasa que no es fácil, porque si venís del campo siempre te van a decir que sos del campo. Entre las chicas se da más que nada, pero entre los varones no, porque siempre ellos te van a tratar bien.*

P. – ¿Cómo notan la diferencia?

R. – *Porque nos dicen que somos muy calladas, que porque somos del campo, ellos no tratan de aislar, no te hablan y es difícil; ¿cómo te vas a integrar?* Interviene una joven que había participado poco diciendo: “*Si, existe eso que cuentan ellas, para las nuevas es difícil. Después, como todo: cuando te conocen eso va cambiando*”. Interviene la celadora y dice: “*Pero eso pasa acá, por ejemplo, muchas chicas que han ido a Comodoro (Rivadavia) eso no les ha pasado*”. (Dice una de las chicas que más participó en la conversación) “*Claro, porque no conocen Cushamen...* (Su aclaración causa risas a todos, por la inmediata ocurrencia de la joven). *En vez, acá es más difícil porque todos conocen Cushamen.*” (Según la traducción local sería “*tierra de soledad*”).

P. – Ese sentimiento que ustedes tienen, ¿lo relacionan sólo con el campo o algo más? (Creo que entienden a qué me refiero, pero intento ser frontal). Ustedes saben que el campo -al menos aquí en esta zona- está vinculado con lo *mapuche*, ¿ustedes se sienten mapuche? (Nuevamente un silencio incómodo se apodera del grupo). ¿Algunas de ustedes tienen ascendencia mapuche? Le pregunto a una de las chicas en particular. (Noto que se siente incomoda con la pregunta y titubea unos minutos). Finalmente una de ellas dice: -...*me da lo mismo ser o no mapuche.*

P. – ¿Ustedes tienen relación con las comunidades que han participado en rogativas o camarucos? (Todas dudan. No sé si no soy claro o es una pregunta comprometedor. La celadora me pide que sea más claro y así confirma mi primera sospecha). Nuevamente les pregunto, por los juegos: ¿sienten que les pertenecen esos juegos, se identifican con ellos, saben que el *palín* o la *chueca* es un juego mapuche? (De todas, sólo una de ellas se reconoce mapuche. Cuenta que la madre de su mamá - así la nombra - habla mapuche).

R. – *Cuando nos juntamos en la casa siempre hablan, pero a mí nunca me interesó. Yo nunca quise aprender* (dice otra de las chicas), *y siempre tenía la posibilidad de hacerlo porque varios de mi familia hablan. Prefiero aprender a hablar inglés, adonde me va a llevar saber hablar mapuche?*

Inmediatamente afirma otra joven: – *Sí, para conseguir trabajo después tenés que saber inglés...* (se queda como pensando).

P. – (Pregunto de forma casi solemne) Si se dejaran de jugar los juegos en la escuela, y el idioma mapuche se dejara de hablar ¿Qué se les ocurre que pasaría? (Me dirijo a todas, pero miro a una de ellas en particular que parecía mas comprometida en esta parte de la conversación que el resto.)



R. – *No, a mí me daría lo mismo. Yo creo que encima lo mapuche está todo cambiado, modificado; y así no se puede enseñar la lengua. En la escuela como en cualquier lado, lo deben enseñar mapuches - no gente de afuera - porque es peor que si no se enseñara. (Toma la palabra) Nosotros siempre decimos de donde somos, en los Juegos Evita cuando representamos a Cushamen; decimos de donde venimos, en cerámica representamos a Cushamen; hacíamos floreros y viajábamos y siempre estamos orgullosos de ser de ahí; los chicos, han ido a competir a Comodoro y acá también. Nosotros somos de Cushamen, no somos indios como dicen algunos...*

(Parecieran soltarse en la conversación). *Nosotros hemos ido al camaruco y a las rogativas. Antes no te dejaban ir a cualquiera, ahora sí van y sacan fotos, pero ya no hay verdaderos mapuche. Lo que duele es la palabra indio, porque es como primitivo y eso es como malo. Por ejemplo, acá el que habla mal le dicen que es un indio, a mí preocupa que eso sea visto como malo; ¿y a ustedes...? (Le pregunta al resto) ¿Qué saben de la campaña del desierto? (Mira desafiante al resto y pregunta como enojada). Sí sabemos, el ejército blanco 200 años atrás todo eso (Mira hacia abajo). Pero el indio es usado de forma negativa, tiene que ver con eso. Lo toman como insulto, desde hace mucho porque no se puede vivir de una forma diferente como en el campo. Encima que se vive por muchos años, en las ciudades si no te matan las enfermedades, te matan los autos...*

La entrevista deja al descubierto muchas posibilidades de análisis, aunque tal vez lo más destacable sea la seguridad con que alguna de ellas toma posición frente a temas que les son sensibles. Se repite la discontinuidad de los juegos de ahora con los de antes. Esto queda demostrado en varias entrevistas realizadas con adultos, al menos en su forma más común y, por otro lado, con respecto a la identidad aparece una postura consciente y reflexiva sobre los alcances de mantener una tradición en el idioma o en los juegos.

Se inclinan a pensar que para acceder al mundo del trabajo o el estudio de nivel superior, deben aprender otro idioma, el inglés por ejemplo; que las cosas tal como están, no respetan “lo mapuche” y que no vale la pena insistir con algunas tradiciones. Precisamente demandan que para seguir estudiando deben adquirir un capital cultural que les permita integrarse al sistema educativo secundario, terciario o universitario de manera efectiva. Esto es sin duda un posicionamiento político: que se hable la lengua o que se jueguen los juegos mapuche no las vincula más o menos a su adscripción étnica declarada, de hecho, y al menos por ahora, su pertenencia mapuche, o su autoidentificación gentilicia no es asumida (a excepción de una de las entrevistadas).

Sin embargo todas se reconocen en la localia, en el campo, sobre ese espacio simbólico se direccionan todas las relaciones identitarias que las constituye como grupo. El desafío que se les

presenta probablemente se vincule con la posibilidad de alcanzar con éxito la certificación que les permita acceder al campo profesional.

## A modo de conclusión

- Las jóvenes mujeres que han vivenciado el paso de la cultura escolar y parte de su vida en el campo sostienen una mirada crítica sobre la relevancia del rescate cultural;
- no existen comportamientos sociales carentes de interés, incluido el juego social;
- es posible pensar que las diferencias étnico-culturales se edifiquen a partir de nuevas luchas políticas que incluyan las desigualdades sociales y las diferencias de género;
- la etnicidad está supeditada no sólo a procesos identificaciones culturales e históricas sino también a condiciones de tipo económicas;
- la escuela refracta una cosmovisión particular de lo mapuche y entra en tensión el diálogo entre los saberes y práctica tradicionales mapuche y los discursos escolares.

Este apartado lo conforman la voz de diferentes mujeres jóvenes desde perspectivas histórico-discursivas similares, sin embargo están analizados conjuntamente en la medida en que es posible entender la narrativa mapuche desde la particularidad del enfoque de lo lúdico. Una suerte de mirada calidoscópica a través de lo que Geertz (1994: 355) denominó siguiendo a Bentham “juego profundo”.

El carácter autotélico (fin en si mismo) del juego parece edificarse sobre una perspectiva de clase que supondría acciones desinteresadas carentes de proyección política. En este sentido advierto que no existe práctica social desinteresada. Sobre todo si consideramos con Bourdieu que, a partir del concepto de *illusio* -inversión- sostiene: “*No hay un interés sino intereses, variables según los tiempos y lugares (...) hay tantos intereses como campos, como espacios de juego históricamente constituidos con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento propio (...) el interés es a la vez condición de funcionamiento de un campo en tanto que es el que hace, concurrir, competir, luchar, y produce el funcionamiento del campo*” (2007: 109). Es decir que jugar el juego supone conservar o transformarlo en la medida que diferentes intereses se constituyan en la dinámica social. El interés de la escuela por “reivindicar” los juegos o la enseñanza del mapudungun no se presenta (al menos desde la lógica de las jóvenes) como una

práctica que recupera un saber perdido. Son otras las emergencias culturales que demanda y sobre las que se apoyan.

De esta manera ¿cómo se elaboran los sentidos culturales y las estrategias para jugar el juego...? Según pude observar en otras entrevistas, para un militante mapuche la reivindicación no puede quedar sometida a la folklorización. En otras conversaciones informales, una madre/mujer/mapuche acepta las condiciones del juego ancestral *palín* aunque ello suponga renuncias a la igualdad de género, porque “*allí uno aprende como eran las cosas antes*”

Y en este caso específico, las jóvenes dudan, critican y se rebelan; la escuela, los medios de comunicación (la televisión) y las familias no reproducen mecánicamente los efectos del poder dominante, puesto que cuestionan la continuidad de las tradiciones y se posicionan por fuera. Sin embargo, es posible observar que se escapan del encorsetamiento de indios (así lo expresan, de manera genérica) o mapuche, y prevalece en ellas su condición de oriundas (del pueblo), sus líneas identitaria se reflejan en la localía, más que en referencia a lo étnico. Su presentación en sociedad, tal como sostiene Goffman (1959), se aleja del “estigma” (aún actual) de indios, aborígen, etc. La discusión se podría pensar en dos puntos centrales: ¿es una maniobra adaptativa a los nuevos requerimientos sociales? O bien ¿una vez que hayan transitado los nuevos espacios de formación, reivindicarán su filiación local o bien potenciarán sus identificación con lo mapuche como una forma de estrategia política?

A lo largo de la conversación pareciera existir cierto reproche con lo que se perdió, y así como están las cosas no tendría sentido una “declarada” adscripción identitaria en un sentido lato.

Respecto a la escuela, en todas las jóvenes entrevistadas parece haber coincidencia en hacer notar que la institución les brinda un lugar de encuentro, aprendizaje y diversión, sin embargo el mismo recorrido por la cultura escolar no alcanza a cubrir las expectativas y requerimientos de lo que “necesitan” saber. Creo que sus propias palabras permiten reflexionar acerca de cierto constructivismo ingenuo del cual muchos docentes parecen partir, sobre todo cuando desafían - o al menos cuestionan - el modo étnico-cultural del cual provienen, y lo mismo ocurre en el seno de su relación con lo mapuche ¿oficial? Todo esto a pesar del rescate y la recuperación.

## BIBLIOGRAFÍA

- BOURDIEU, P. (2007) *El sentido práctico*, Taurus, Madrid.
- DÍAZ-POLANCO, H. (2007) "Identidad, globalización y etnofagia", en: De Bernardi Coordinadora, *Claroscuro, Revista del Centro de Estudio sobre Diversidad Cultural*, Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.
- GEERTZ, C. (1994) *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Ediciones Paidós, Barcelona, Buenos Aires, México.
- GOFFMAN, E. (1959) *La Presentación de la Persona en la vida Cotidiana*, Amorroutu editores, Buenos Aires.
- HOBBSAWM, E. Y RANGER, T. (1983) *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MAGRASSI, G. BERÓN, M Y RADOVICH, J. (1984) *Los Juegos Indígenas*, Cuadernos de Historia Popular Argentina, s/r.